Antropología Económica

Nuevas tendencias

Susana Narotzky

melusina

Introducción. Más allá de la antropología económica

En primer lugar, unas palabras de advertencia. Este libro no trata de la historia de la antropología económica. No es una presentación exhaustiva de las perspectivas teóricas que han sido relacionadas con el campo de estudio «económico» dentro de la disciplina académica de la antropología (si se desea consultar dichas perspectivas, véase Ortiz, 1983; Clammer, 1985, 1987; Kahn y Llobera, 1981; Moniot, 1976; Roseberry, 1988). No obstante, la mayor parte de las perspectivas teóricas serán tratadas en el curso del libro.

Este libro pretende ser un viaje. Desea acercar a un público más amplio los conceptos, debates y preguntas principales que han sido relevantes para comprender de qué manera se organizan las personas en la producción y reproducción de los bienes materiales y servicios que hacen la vida posible. Los objetivos son tres: primero, brindar las herramientas conceptuales necesarias para seguir la mayor parte de los debates de antropología «económica»; segundo, presentar algunos de estos debates; y tercero, exponer mi visión de cuáles son los retos actuales en la antropología «económica».

En este capítulo intentaré definir brevemente el alcance de la palabra «económico» en antropología, tal y como se ha desarrollado en los debates académicos durante los últimos cincuenta años. Luego procuraré reducir el área de debate a un contexto en el que los procesos materiales —locales y globales— se incrustan

en relaciones sociales concretas e históricas. En este sentido, el tema de este libro será presentado como el impulso hacia un enfoque global de los procesos materiales de subsistencia, a través del concepto de «reproducción social». El razonamiento que motiva el énfasis en la reproducción social consiste en que ésta contribuye a superar dualismos tales como los que existen entre los enfoques micro y macro, entre las perspectivas materiales y culturales y, en general, entre «economía» y «sociedad». De hecho, estos dualismos se han convertido en el principal obstáculo para la comprensión por parte de los científicos sociales de los procesos que sustentan la vida.

Pero, en primer lugar, intentemos hacernos una idea aproximada de cómo los antropólogos han intentado abordar las realidades que encuentran en el trabajo de campo, realidades éstas que conciernen a los hechos materiales del vivir en cualquier sociedad y a cómo éstos se organizan mediante las relaciones sociales de un modo regular si bien cambiante.

El campo de la «antropología económica» y la definición de «economía» por parte de los antropólogos han generado un debate importante durante más de cincuenta años. Según R. Firth (1970), la antropología económica se centra fundamentalmente en la adjudicación de recursos y en la distribución de productos, y descansa en la «aceptación de la idea de que la lógica de la escasez *es* operativa en todo el espectro de fenómenos económicos». Por otra parte:

> ... mientras que la dimensión material de la economía se percibe como una característica básica, se considera que el significado de la economía subyace en las *transacciones* de las que se compone y, por lo tanto, en la calidad de las *relaciones* que tales transacciones crean, expresan, sostienen y modifican. (1970: 4)

Esta perspectiva sobre el alcance y método de la antropología económica, denominada «formalista», ha sido criticada sobre la base de su aplicación de criterios teóricos provenientes del análisis de las sociedades capitalistas —escasez de recursos, procesos

alternativos de adjudicación, motivación de la utilidad marginal— a todas las sociedades del mundo, pasadas y presentes. Pese a que las *relaciones* entre los individuos constituyen el aspecto más significativo de la economía para los antropólogos, éstas se conciben desde una óptica «transaccional» (Blau, 1982). El problema principal de esta perspectiva estriba en que las relaciones sociales son percibidas como un *intercambio* de «valores» sociales o, alternativamente, como atributos de actos de intercambio. Por lo tanto, se tratan como «utilidades» que deben ser maximizadas en el mismo marco de escasez y adjudicación alternativa de cualquier otro recurso.

Polanyi (1957) y sus seguidores sugieren otra perspectiva de cuál debería ser el interés central de los antropólogos económicos. Proponen dos significados distintos del concepto «economía». Uno de ellos es el significado «formal», es decir, una teoría de la acción racional que implica la elección entre usos alternativos de recursos escasos (definición de Firth). No obstante, para ellos este significado sólo es válido en una sociedad en la que el mecanismo del mercado constituye el medio dominante para distribuir la tierra, el trabajo y los bienes. El concepto *real* (o *sustantivo*) de la economía debería tener sentido en cualquier sociedad, sea cual fuere su forma de adjudicación (o distribución). Así, en el sentido «sustantivo», la economía puede definirse como:

> ... una interacción institucionalizada entre el hombre y el medio que proporciona, de forma constante, el aprovisionamiento de medios materiales para la satisfacción de las necesidades. La satisfacción de las necesidades es «material» cuando requiere el uso de medios materiales para alcanzar sus fines. (Polanyi, 1957: 293; véase también Dalton, 1971a [1965]: 31).

Esta definición sigue dentro de una lógica de medios-fines/necesidades-satisfacción, que parece referirse implícitamente a una motivación abstracta de oferta/demanda de la actividad económica. Así, las condiciones de producción, distribución y consumo de bienes materiales y servicios se entienden como «universales» y

«naturales», no como históricas y sociales. Con todo, presenta varios aspectos interesantes: en primer lugar, el énfasis en las necesidades y los medios *materiales*; en segundo lugar, la idea de la economía como *proceso* que sustenta la *continuidad social*; y en tercer lugar, que todo ello se realiza de un modo institucionalizado y, por lo tanto, *socialmente estructurado*. Además, Polanyi y sus seguidores señalaron el hecho de que, en sociedades no integradas por el mercado, la economía se encuentra *incrustada* (*embedded*) en otras instituciones sociales y no puede ser analizada como un ámbito separado.

Godelier toma la mayor parte de las proposiciones sustantivistas y las sitúa sobre una base marxista. La economía se define, entonces, como una serie de relaciones sociales presentes tanto como un ámbito de actividades específico —el de la producción, distribución y consumo de bienes materiales— como un «aspecto específico de todas las actividades humanas que no pertenecen, en sí mismas, a dicho ámbito, pero cuyo funcionamiento implica el intercambio y la utilización de bienes materiales» (1974: 140).

Según el punto de vista de Godelier, la estructura social de una sociedad, la «lógica de sus relaciones sociales», la «realización de los fines socialmente necesarios», «el mejor funcionamiento de todas las estructuras sociales: parentesco, política, religión, etcétera» es la que define las «necesidades» materiales y los medios para «satisfacerlas» en un ámbito social concreto. No obstante, las condiciones históricas en que emerge un contexto social particular no están explícitamente integradas en su teoría (Khan y Llobera, 1981: 299). Las relaciones sociales se tornan el centro del análisis económico en un contexto de reproducción social.

> Si *aquello que* se produce, distribuye y consume depende de la *naturaleza* y de la *jerarquía* de las necesidades en una sociedad, entonces la actividad económica está orgánicamente vinculada con las otras actividades políticas, religiosas, culturales y familiares que componen, junto con aquélla, el contenido de la vida en esa sociedad y a la cual contribuye los medios materiales de realización. (Godelier, 1974: 147)

No obstante, si bien en la perspectiva de Godelier cualquier clase de estructuras sociales puede ostentar un aspecto «económico», la economía debería analizarse a partir de las relaciones sociales imperantes en el *ámbito* propiamente económico de la producción, distribución y consumo (1974: 151).

Las críticas a la perspectiva de Godelier (Kahn y Llobera, 1981; Asad, 1974) han señalado varios problemas de este enfoque. En primer lugar, sostienen que no tiene en cuenta la *historia*: las condiciones concretas de producción de una estructura social existente, el modo en que los «haces de relaciones» actuales se relacionan con los pasados no tienen cabida en su teoría. En segundo lugar, las críticas subrayan un problema referido a la antropología de forma más general, es decir, el supuesto de la relevancia universal de categorías tales como «economía», «parentesco», «política», «religión», que se han convertido en ámbitos de estudio definidos de la disciplina académica. Ello conduce al supuesto de que existe «un campo singular de actividad social segregado de la totalidad de las relaciones sociales», que puede ser estudiado de forma aislada (Kahn y Llobera, 1981: 309), y que posteriormente será relacionado a las demás categorías de un modo «estructurado», «orgánico» o «sistemático». Sin duda una de las cuestiones perennes en la antropología es el estatus de las categorías que los científicos sociales han forjado en el curso del debate académico, en comparación con otras categorías de «sentido común» con las que se encuentran o con las relaciones de la vida real que deben explicar. La última crítica podría parecer una formulación paradójica de las anteriores: la referida al *relativismo* de Godelier (Asad, 1974: 214), según la cual cada sociedad se concibe como un sistema autónomo que establece sus necesidades, organizando a partir de ahí la actividad económica de un modo que no se relaciona con la lógica de otras sociedades. Este punto es de especial relevancia pues, como lo demostraron Wallerstein (1974, 1980), Frank (1967), Wolf (1982) y otros, la lógica de la acumulación que se originó en Europa e impulsó la organización de las actividades económicas de maneras específicas, tuvo alcances, directos o indirectos, en todo el mundo, y transfor-

mó profundamente las estructuras sociales o los sistemas económicos que pudieran haber existido con anterioridad, así como las relaciones que pudieron haberse logrado entre comunidades políticas o grupos relativamente singulares.

Otros antropólogos marxistas franceses han estado más preocupados por la realidad del impacto causado por las economías capitalistas occidentales en las sociedades no capitalistas durante los procesos coloniales y neocoloniales (Meillassoux, 1982 [1975]; Rey, 1971; Terray, 1969). Éstos opinan que, en estas formaciones sociales (es decir, en realidades históricas concretas) numerosos modos de producción (es decir, totalidades estructuradas abstractas) se articulan de forma jerárquica: las modalidades no capitalistas se subordinan al modo capitalista de producción.

La principal cuestión teórica en este debate giró en torno al *status de autonomía* de los diferentes procesos socialmente organizados de subsistencia (denominados «modos» o «formas» de producción), que se articulaban en una «formación social» concreta (es decir, una sociedad histórica real, compleja). Dicho con sencillez, la cuestión consistía en saber si los diferentes modos o formas de producción conservaban una vía clara y autónoma para organizar su continuidad, o si su articulación implicaba *necesariamente* un curso de reproducción social común, interdependiente y mutuamente transformador. Como indicaré brevemente más adelante, el debate se insertaba en un argumento filosófico más amplio que trataba de modelos abstractos y realidades concretas de la sociedad, y de la tensión entre lo abstracto y lo concreto.

Cabe destacar dos aspectos de los debates de los marxistas franceses. Por una parte, deseo hacer hincapié en su preocupación teórica cada vez mayor por la reproducción social o las «leyes del movimiento» de las totalidades sociales. Por otra, la dificultad de pensar *en abstracto* las realidades sociales históricas concretas continúa siendo, en mi opinión, una cuestión metodológica no resuelta. La fascinación con los modelos abstractos se relaciona directamente con la lectura que Althusser realiza de Marx (Althusser, 1969, 1974; Balibar, 1969), de corte estructuralista, donde la estructura de un modo de producción se concibe como

una serie de conexiones *fijas* entre los agentes y los medios de producción, que pueden definirse como relaciones de producción. Con el fin de existir en lo *concreto*, la estructura requiere una superestructura de relaciones políticas e ideológicas. Pero ya que tales relaciones se consideran *necesarias* para la existencia *concreta* de la estructura, también deben recogerse en el modelo abstracto. Existe, entonces, una oposición entre lo abstracto y lo concreto que se expresa en el modelo base-superestructura, y en la necesidad de una predefinición abstracta de un concepto de «lo económico» como instancia —o nivel— autónoma de cualquier estructura social.

El modelo plantea de antemano una serie de relaciones sociales predefinidas (económicas, políticas, ideológicas) que aparecen como objetos conceptuales y así logra la reificación de ámbitos (niveles, instancias) «localizados» y «delimitados». Estos «niveles» se articulan, subsiguiente pero necesariamente, en una totalidad histórica (Althusser, 1969: 192-193). No obstante, Althusser y sus seguidores también sintieron la fuerte necesidad de trascender esta fragmentación a través del énfasis en la «reproducción» de la totalidad (Balibar, 1969: 282-283, 289). Pero no es mi intención ahondar en el debate althusseriano, sino tan sólo señalar su influencia en la antropología marxista, por una parte, a través del énfasis excesivamente teórico en las estructuras abstractas que son tratadas como objetos y por otra, paradójicamente, a través de su idea del papel fundamental de la «sobredeterminación» por parte de instancias no económicas (ideológicas, políticas, etcétera) en todas las formaciones históricas concretas (Althusser, 1974: 112-113, 240-241). Y siguiendo a Banaji propondré que:

> ... los modos de producción resultan impenetrables en el nivel de las abstracciones simples. El proceso de «abstracción verdadera» es, simultáneamente, un proceso de «concretización» de la definición de las *leyes de movimiento* históricas y específicas. (Banaji, 1977: 9)

Por consiguiente, mi interés reside fundamentalmente en poner de relieve la reproducción social: el movimiento mediante el

cual una realidad social histórica concreta establece las condiciones para su continuidad y contiene transformaciones dentro de los límites de una lógica dominante.

Hasta aquí he presentado de forma escueta los principales debates que conformaron el campo de la antropología económica: el debate formalista/sustantivista y el debate en la antropología marxista. Ahora me centraré en las ideas básicas que forman el contexto en que se inserta mi propia perspectiva teórica.

Deseo presentar brevemente dos corrientes de pensamiento que trataré en profundidad en el capítulo 4. La primera se centra en el trabajo de E. P. Thompson y R. Williams, quienes desarrollaron una cierta línea de las ideas de Marx y Gramsci. Su énfasis en la experiencia y en la capacidad de acción humanas señala la materialidad de la conciencia, la importancia de la cultura y del entorno personal en la construcción y transformación de las relaciones sociales que posibilitan los procesos de subsistencia.

La segunda se refiere a la tensión entre los procesos materiales locales y globales. En este sentido, ya debería quedar claro que la lógica capitalista de acumulación ha alcanzado los lugares más recónditos del mundo. El modo en que ésta, a lo largo de un proceso que data de varios siglos, ha transformado las lógicas locales y regionales en curso debería centrar el interés de la antropología «económica» actual. Desde esta perspectiva, la disputa sobre si las relaciones de intercambio en el contexto mundial (Frank, 1967; Wallerstein, 1974, 1980) o las relaciones de producción en un contexto local (Laclau, 1971) constituyen la clave para conceptualizar el «capitalismo» y afirmar el grado de penetración de la lógica capitalista en una formación social, se me antoja en este momento un ejercicio vano y casuístico. Por otra parte, las relaciones capitalistas de producción pueden hallar expresión en múltiples formas concretas, atraídas hacia la acumulación de capital pero diferentes de la «clásica» relación libre del trabajo asalariado (Goodman y Redclift, 1982: 54), y esto debería también poder comprenderse como parte de los procesos concretos (formas creativas y/o de resistencia) que tienen lugar. Como Wolf (1982) ha demostrado en *Europe and the People without History*, es preciso

pensar tanto global como localmente si deseamos comprender lo sucedido en todo el mundo; debemos pensar *históricamente*. Wolf comenta lo siguiente sobre su propio libro:

> Pretende delinear el proceso general que opera en el desarrollo mercantil y capitalista, y al mismo tiempo seguir sus efectos en las micropoblaciones estudiadas por etnohistoriadores y antropólogos. Mi opinión de estos procesos y de sus efectos es histórica, pero en el sentido de la historia como un relato analítico del desarrollo de las relaciones materiales, que transita simultáneamente el nivel del sistema global y del micronivel. (1982: 23)

Esto es, en mi opinión, lo que deberían tratar los antropólogos «económicos» en los casos concretos que estudian (C. Smith, 1983: 344-347).

¿Cuál es, entonces, el marco que propongo para esta antropología «económica»? Por una parte, creo que un primer paso necesario consiste en el rechazo del concepto de un nivel económico separado o de una región acotada de relaciones o actividades sociales económicas. Por otra, creo útil restringir el alcance de lo «económico» a las relaciones sociales que participan en la producción y reproducción de vida material, a través de la interacción organizada de los seres humanos y la naturaleza. Por último, desearía proponer la idea de que en las poblaciones humanas, las relaciones materiales no pueden separarse teóricamente de sus expresiones culturales que a su vez, son producidas y toman cuerpo materialmente.

Propongo, entonces, elegir una ruta un tanto paradójica que comienza con la división analítica «clásica» del proceso económico —en los diferentes momentos de la producción, la distribución, el intercambio y el consumo—, y finaliza en el terreno general de la reproducción social. En cada punto presentaré los conceptos y las cuestiones tratadas en «antropología económica», e intentaré demostrar cómo las categorías originales autodelimitadas rompen sus moldes y se imbrican en los procesos sociales históricos concretos.